

REVISTA DE TEATROS,

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 268

MADRID 3 DE OCTUBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



CARICATURA DE M. STIVAL ENTRE EL GRUPO DE SUS AMIGOS.

EL LOBO Y EL CORDERO.

Luisa que oyó la respuesta de su marido le miró con sorpresa: en vano ensayó Mma. de Bornes una de esas sonrisas que suplen por todo porque significan todo lo que se quiere: al mismo tiempo saltó de su negra pupila un punto brillante como un relámpago. Acercáronse ambas mugeres. Entablóse entre ellas una prolífica disertación sobre modas, acompañada de misteriosos apretones de mano mientras M. de Bornes y M. de Noirmont sostenían una discusión política retirados al fondo del palco.

En aquel instante se restableció el silencio, sonó la orquesta, y corrió bulliciosa armonía de la techumbre al pavimento, hiriendo aquí y allá alguna fibra secreta del corazón de aquella distraída y estragada multitud. Luisa, propensa por su alma sencilla y por su organización nerviosa, á las impresiones de la armonía, trató de comprimir su palpitante pecho apoyando en él sus dos manos. Subyugada por invisible poder fijó en su marido sus ojos inundados de un fluido voluptuoso, cual si la dijese: Esta sensibilidad, de que no soy dueña, te pertenece á ti; ya ves que aun puedo amarte: no me condenes sin oírme.

Entre tanto M. de Noirmont se habia colocado entre las dos jóvenes, y seguía con atención todos los movimientos de la bailarina que acababa de salir á las tablas. Como era buen mozo produjo su vista en las filas delanteras de galerías y palcos distracciones muy lisongeras para su vanidad aunque de ellas no gozase. Entonces no existía sino para la encantadora criatura que tenía ante sus ojos. Con efecto era blanca, linda, esbelta, sutiles sus movimientos, embriagadora sonrisa, maliciosos y penetrantes sus ojos. Fuese por acaso ó por coquetería no tardó en distinguir á M. de Noirmont, cuyo palco era uno de los mas inmediatos á la escena: entonces lució con mas brillantez su pupila, y al encontrarse sus ojos con los del conde, pareció como si saltase una chispa simpática del choque de sus miradas. Se estremejó Luisa como si la hubiera sentido de rechazo: crispáronse sus nervios: sintió agoviado su corazón por una opresión dolorosa, y de repente se alejó de su marido por un movimiento involuntario.

Después de su matrimonio aquella es la primera vez que M. de Noirmont experimentaba en la apariencia una sensación agradable mirando á otra muger que á Luisa. Por lo que padecía en-

tonces conoció esta cuanto le amaba todavía. Mas, como la muger menos coqueta puede ser mortalmente herida en su orgullo, se guardó muy bien de declararse á sí misma la pena que la aquejaba, y por otra contradicción del amor buscó en su despecho una venganza igual de ultraje: pensó en Enrique de Pons, de quien casi no se habia acordado hasta entonces, y la casualidad, que rara vez se pone de parte de la virtud, hizo que le viese al punto á poca distancia de su palco. Sonrió penosamente al mirarle como reconviéndole de su olvido.

Mientras esto sucedía, poseído M. de Noirmont de impetuoso entusiasmo, se apoderó del ramillete, que Luisa acababa de colocar sobre su falda, y lo arrojó á las plantas de la bailarina. Una sonrisa dolorosa fue la única muestra de disgusto que se le escapó á la infeliz esposa.

M. y Mma. de Bornes, testigos de aquella escena muda, gozaban de ella interiormente. Aun no era suya la victoria; pero comenzaban las hostilidades, y un observador profundo les hubiera presagiado completo éxito. Ambos esposos se entendieron sin hablarse, y ella se propuso acechar la ocasión de serle útil á Enrique cuando naturalmente se presentase.

Circularon á poco en el salon algunas observaciones malignas que salieron de los palcos inmediatos: criticaban los hombres sin rebozo á M. de Noirmont por aquel crimen de esa galantería conyugal. Algunos no obstante fueron de dictámen que no serian tan funestos los resultados como podia suponerse, y que Mma. de Noirmont que tan paciente sufría la ausencia de su esposo, yendo sola al baile por saber que allí encontraría á su íntimo amigo, sobrellevaría sin duda con la misma resignación la injuria de que acababa de ser objeto. De murmuración en murmuración se abultó el suceso, y á poco se hablaba no menos que del próximo divorcio de Luisa y de su marido.

La caída del telon puso término á la lluvia de ramilletes que M. de Noirmont habia inaugurado. Habíase acercado el conde á Mma. de Bornes y hablaban entre sí, mientras Luisa escuchaba con disgusto las galanías de M. de Bornes. Aparecía la marquesa como exclusivamente ocupada de la presencia de un grupo de jóvenes, que acababa de formarse debajo del palco. Enrique de Pons y el joven Stival se hallaban en el centro. Habíase suscitado al parecer una disputa entre ellos, y escitaba la atención de los curiosos, cuyo número iba aumentándose.

Atento á una señal que salió del palco de Mma. de Bornes, fingió Enrique que montaba en cólera; viendo su amigo que deseaba armar escándalo, levantó tambien la voz.

M. de Stival era alto, rubio, de una figura insignificante y de una fatuidad desmedida. Sus maneras desembarazadas, algunos lances de honor llevada á feliz término, algunas indiscreciones y mucha maledicencia le habian valido la reputación de hombre á la moda. Con los hombres hacia alarde de sus teorías de seducción y hablaba con las mugeres de desafíos.

Como hombre de talento adivinó bien pronto por la fingida cólera y las baladronadas de su amigo, que tenía ganas de echárselas de protector. Semejante descubrimiento le concedía sobre su adversario una ventaja, de que se aprovechó mofándose de su valentía como se habia mofado de la virtud de Mma. de Noirmont.

Gesticulando Mma. de Bornes con viveza en aquel instante tocó con el extremo de su abanico el rostro de M. de Noirmont: acto continuo y á consecuencia de una expresión proferida por su imprudente adversario cayó con estrépito la mano de Enrique sobre la mejilla de M. de Stival. Advertida Luisa al punto de lo que acababa de pasar á su vista por el instinto del peligro, se dejó caer sobre el respaldo de su sillón, pálida de espanto.

— ¿Qué es eso? preguntó Mma. de Bornes á M. de Noirmont como sorprendida y turbada.

M. de Noirmont se levantó para enterarse del suceso.

— ¡Quedaos por mi amor! exclamó Luisa azorada; ved que estoy á punto de desmayarme.

Mas ya fuera que no oyó esta última frase ó que no quiso oír, M. de Noirmont salió precipitadamente.

Cuando volvió á aparecer se habia ya calmado la primera impresión que produjo aquel incidente con la desaparición de los que lo habian promovido. Todas las miradas se dirigian al palco en que M. y Mma. de Bornes atendian solícitos á la pobre Luisa. M. de Noirmont estaba pálido, pero sereno: ofreció la mano á su esposa, quien le siguió sin decir palabra.

Sofecó de nuevo la orquesta el ruido de las conversaciones: se habia alzado el telon para el segundo acto.

(Continuará.)



REVISTA DE TEATROS.

Segun anunciamos en uno de nuestros anteriores números, parece que la empresa del teatro de la Cruz, refugio de todos los artistas errantes, amparo de todos los alcides transeuntes, hospedería de todos los furambulos, centro de todas las maravillas y de todos los fenómenos que de fuera nos vienen, va à presentarnos varias funciones francesas ejecutadas por artistas de allende el Pirineo. Felicitámosla sinceramente por su idea: si esas funciones gustan, y nuestros actores en perfeccionan en el francés, podrán en lo sucesivo ahorrarse traductores y poner en escena comedias y *vandevilles* y melodramas, apenas se reciban por el correo de Francia. Hubo un tiempo en que algunos periódicos llamaron al Príncipe el *teatro francés*, y hasta el día no ha desmerecido de este título, con no menos justicia pudiéramos llamar à la Cruz el *teatro de las variedades*.

Segun noticias *Le gamin de Paris* será la primera comedia que represente la compañía francesa.

En el teatro del Príncipe empiezan ya à salir à luz producciones originales. Despues de rey presentada *La Rueda de la Fortuna* se pondrá en escena una comedia en tres actos y en verso, original del señor don Manuel Breton de los Herreros; y si no nos equivocamos se titula *Finezas contra desdenes*.

Despues que se publiquen *El hospedador de provincia* del señor duque de Rivas, y *el Cartero del señor don Eduardo Asquerino*, se publicarán *El Elegante* del señor don Ramon Navarrete y *el Anticuario* del señor don Manuel Diaz Ibarra cuyos artículos formarán las entregas 45 y 46 de la obra de *los Españoles pintados por sí mismos*. En todo el mes de noviembre quedará terminado el primer tomo.

Dentro de pocos días verá la luz pública la cuarta entrega de la novela de Bulwer, titulada *Rienzi ó el último tribuno* con escelentes grabados en madera del señor Martí.

La segunda entrega del tomo cuarto de la galería de españoles célebres, próxima à publicarse, contiene la biografía del Exmo. señor don Francisco Espoz y Mina escrita por el señor Grijalba.



LA NORMA EN EL CARLO FELICE.

El Sully volvía à Francia procedente de Ná-

poles con ciento treinta pasajeros à bordo, la mayor parte ingleses, segun costumbre. El tiempo nos habia castigado bastante desde Gaeta; tuvimos precision de detenernos de arribada tres dias en Civita-Vecchia, y por último, salimos de este puerto con temporal declarado, pues nadie ignora que un paquete se encuentra en el caso de un correo regular de tierra firme. Por ejemplo, es indispensable que haga las escalas de ordenanza y que llegue precisamente al punto designado el día prometido, ya que para este fin se ha inventado el vapor. Hallámonos por consiguiente en extraordinario atraso, y el capitán Armand decía que le seria imposible tocar en Génova, amenaza que entristecia à todos los pasajeros, porque Génova es una ciudad que siempre se desea volver à ver.

El mar por fin apareció tranquilo, y el golfo de Génova, en el cual íbamos entrando, terso como un cristal: la mañana nos anunciaba un día magnífico, y todos los viajeros nos apresuramos à anunciar la cubierta para disfrutar de la calma de la naturaleza despues de la tempestad. La brisa de tierra devolvió à las damas sus colores y el apetito, animóse la conversacion y recayó sobre la Italia que íbamos à dejar, y en la cual dejáramos todos nuevos amigos, recuerdos deliciosos y un reconocimiento sin límites por las vivas emociones que habíamos experimentado. Se habló de música y sobre todo de la *Rosmunda d' Inghilterra* de Donizetti, ópera que estaba haciendo furor en Florencia; de la jóven y melodiosa Persiani, digna hija de Tacchinardi, y por último de la *Norma* de Bellini: algunos pasajeros la habian visto, pero todos acabáramos de oír en Nápoles, en Roma, en Florencia y en Bolonia los trozos favoritos del *spartito* de moda. No habia en efecto una italiana de tono que no cantase la *Casta Diva*, bien fuese por puro recreo particular, bien por lucirse en los elegantes salones filarmónicos: sabiamos asimismo que se preparaba en Génova la representacion de la *Norma*. ¡Qué placentero seria para nosotros, deciamos, poder saltar en tierra hoy, sentarnos en las lunetas del *Carlo-Felice*, improvisar esta noche en el teatro un público suplementario caido, como de las nubes, de los camarotes del Sully y entrar despues en Francia repitiendo los últimos cantos de la sacerdotisa Drúida. Génova estaba ya enfrente de nosotros, y el paquete recorria la estendida línea de sus arrabales, que se desplegaban como una decoracion teatral entre las orillas del golfo y el verdor de los Apeninos.

A las nueve llegamos al puerto: la rica ciudad nadaba en la vaporosa luz de una hermosa mañana de primavera: todas sus campanas llamaban à los fieles à los templos; en todos los conventos cercanos, esparcidos en las cuestas de los montes, se cantaban los divinos oficios en medio de las *Villa* amorosas y dormidas: elevábanse mil columnas de humo de las canteras, flotando como azuadas nubes entre las jarcias de nuestro buque, y el Sully animaba la tristeza del puerto genovés, agitando sus tranquilas aguas con las últimas sacudidas de sus blancas alas, y cubriéndolas con su precioso pabellon tricolor que el viento de los Apeninos habia reconocido y acariciado.

El capitán se embarcó en el bote, ofreciéndonos que en breve volveria: esto quería decir que iba à decidirse nuestro destino en las oficinas de la administracion, que no tardariamos en saber si debiamos continuar el viaje sin saludar a la *Strada Balbi*, ó si descansariamos muellemente

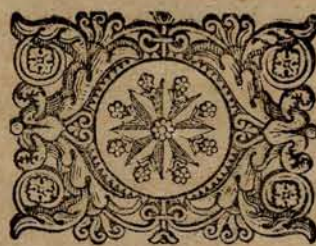
en la fonda genovesa, despues de las delicias de la *Norma*.

¡Una hora de incertidumbre! Todas nuestras miradas se dirigian hacia la escalera de la fuente de *San Cristobal* à fin de espiar el primer arranque del bote que debia devolvernos al capitán, y con él la alegría ó el descontento.

Tomó por fin el bote la direccion del Sully, y cada cual se empeñó en adivinar la naturaleza de las órdenes del capitán à fuerza de observar sus movimientos: la impaciencia se perdía en conjeturas y los pasajeros ingleses cerraban veinte apuestas en pocos segundos. — Trae los brazos cruzados; mala señal. — Al contrario, muy buena. — ¡Qué serio parece! — Vá; todos los capitanes hacen lo mismo. — La falúa del resguardo no viene. — ¿Y eso qué prueba? — Mucho; que no bajamos à tierra. — Es imposible; es una injusticia.

El capitán entró en el Sully; corrimos à su encuentro, como al de un general que hubiese ganado una batalla, y escuchamos de su boca estas palabras.

— Señores (todos los corazones palpitaron), pasarémos el día en Genova, y tengo el gusto de convidaros esta noche à la representacion de la *Norma*.



MAXIMAS MORALES.

El infortunio influye en nosotros segun nuestro carácter respectivo: tal hombre podria salvarse si se explicara y lo rehusa; tal otro cree arreglarlo todo si habla y se pierde.

Despues de épocas de infortunios y de glorias se inclina un pueblo al reposo, y con poco tolerables que sean sus instituciones, se deja guiar fácilmente por los hombres de mas insignificancia: esto le entretiene y le recrea: compara à aquellos pigmeos con los gigantes que ha visto, y se rie: ejemplares hay de leones uncidos à un carro y guiados por tiernos niños; mas siempre han acabado por devorar à sus conductores.

Acaba de partir tu amigo: te crees fuerte contra la ausencia: dirígete à su mansion, y ella te mostrarà lo que has perdido y lo que te falta.

¿Puede la celebridad ilusionar hasta el punto de inspirar pasión hacia lo que la naturaleza ha hecho desagradable? No lo creo: la gloria es para un viejolo que los diamantes para una anciana; la adornan, pero no la embellecen.



TEATROS.

CRUZ.

A las siete y media de la noche. Se pondrá en escena la comedia nueva traducida libremente del francés, y acomodada à la escena española, en tres actos titulada.

EL VIVO RETRATO.

PERSONAJES.	ACTORES.
Duquesa	Sras. Perez.
Camarista	Sanchez.
D. Alvaro	Sres. Lombardia.
Baron	Alvera.
D. Feliz	Lumbreras.

Martinez	Spuntoni.
D. Luis	Fernandez.
Ujier	Reyes (M.)
D. Diego	Azopardo.
Montero	Garcia.
Lacayo	Lamadrid.

Intermedio de baile nacional. Terminando el espectáculo con un divertido sainete.

PRINCIPE.

A las siete y media de la noche. 1.º Sinfonia à toda orquesta.

2.º La aplaudida comedia en tres actos, arreglada à nuestro teatro por don Ventura de la Vega, titulada.

LA SEGUNDA DAMA DUENDE.

PERSONAJES.	ACTORES.
Da. Leonor	Sras. Diez.
Catalina	Llorente.
Madre Ursula	Córdova.
Da. Beatriz	Parra.
Tornera	Torzal.
Religiosa	Sierra.
D. Luis	Romea (D. J.)
Conde	Romea (D. F.)
Marques	Fernz (D. M.)
Gil	Perez.

Caballeros } Garcia. Paris Sanchez.

3.º Intermedio de baile nacional. 4.º Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

CIRCO.

A las siete y media de la noche. GYPSY O LA GITANA, gran baile nuevo en 3 cuadros.

IMPRENTA DE BOIX.